

# MESOPOTAMIA: TRAS LAS HUELLAS DE ADOLFO RIVADENEYRA \*

Los grandes museos europeos poseen un fenomenal legado arqueológico proveniente de Asia y Oriente Medio. El Pérgamo de Berlín se construyó expresamente para albergar las babilónicas Puertas de Ishtar. Inaugurado en 1930, el enorme complejo es perfecto ejemplo de una época eurocéntrica que otorgaba a Occidente derecho a tutelar Oriente. También a llevarse sus tesoros.

texto y fotos MIQUEL SILVESTRE



\* Este texto formará parte del libro *Operación Ararat*, dentro de la serie *Diario de un Nómada*. Lo publicará Plaza & Janés en 2016, coincidiendo con la emisión del programa de Laz de TVE del mismo nombre. Narrará la intrahistoria del viaje y el rodaje del documental por Europa, los Balcanes, Asia Menor y el Cáucaso, así como todos aquellos datos, reflexiones y vivencias que no aparecen en pantalla. El recorrido físico va desde Madrid hasta Garni, en Armenia.



Bienvenidos a Jerusalén

Entonces se pensaba que esos tesoros estarían así mejor protegidos, y también estaba cultural y socialmente aceptada la opinión de que franceses, ingleses o alemanes, en cuanto que ciudadanos civilizados, merecían disfrutar de ellas más que un pastor nómada. Sin embargo, vivimos en la época de quiebra de los viejos paradigmas. Lo que ayer era rescate hoy se considera expolio. Mientras el Museo Británico deniega miles de reclamaciones de restitución al año, España ha devuelto el negro de Banyoles a Bostwana, y se resiste, sin mucho ardor, a repatriar el egipcio templo de Debod injertado en pleno centro de Madrid. Por parte española, pocas injusticias más habría que reparar. De la fiebre exploratoria del XIX, España quedó bastante al margen, exhausta por su declive colonial, ahíta de deudas y conflictos, enfrascada en una revolución cantonal que de gloriosa tuvo poco.

La escasa muestra asiática de nuestro Museo Arqueológico Nacional es bastante ilustrativa de ese desinterés. Sin embargo, aun así, se exponen algunas piezas únicas. Como una tablilla grabada con símbolos cuneiformes que procede de las mismísimas ruinas de Babilonia y que nos habla del rey Nabuconodossor. ¿Cómo llegó hasta Madrid tan exquisita rareza? ¿Quién y cómo la trajo? Uno de los más capaces diplomáticos y exploradores que haya tenido España: Adolfo Ribadeneyra. Nacido en 1841, hijo de un importante editor, que se preocupó por que su hijo aprendiera idiomas. Llegó a dominar hasta once lenguas. Aprovechando su conocimiento de inglés, francés, alemán e italiano, empezó carrera en el Ministerio de Estado como lo que entonces se llamaba "joven de lenguas", una especie de becario sin sueldo que completaba su educación en las embajadas y servicios consulares de España para adquirir experiencia diplomática. Ribadeneyra ingresó en el Consulado General de Beirut, donde se interna en un convento para aprender árabe. Pasó dos meses en el seminario maronita de Ain Warka, fundado en 1789 sobre el Monte Líbano, sito entre la costa y la planicie del valle de la Bekaa. Aprendió el árabe de tal modo que acabó escribiendo un texto llamado Mecanismo de la lengua árabe, y dejó así admirados a sus superiores.

El Líbano tuvo que parecerle un país interesante y complejo. El noble francés Godofredo de Bouillon conquistó Tierra Santa en 1099. Su hermano Balduino I sometería el puerto de Beirut en 1110 y lo incorporaría al Reino Cruzado de Jerusalén. Desde entonces, los primitivos cristianos seguidores de

San Marón, se vincularon a la Iglesia Católica. Cuando los drusos empezaron a matarlos ante la indiferencia del Sultán Otomano, Francia intervino en 1860, y se quedó hasta 1946. El francés es desde entonces lengua oficial y estandarte cultural de las clases altas. Curiosamente, quien primero luchó contra los franceses fue la Falange Libanesa que fundó el cristiano Pierre Gemayel tras un viaje a España en el que conoció la organización de Primo de Rivera.

Rivadeneyra, armado de su nuevo estatus de diplomático y sus conocimientos de árabe, fue destinado a Jerusalén. Le corresponde el honor de ser el primer español en visitar la Mezquita de Hebrón. Ubicada actualmente dentro de Cisjordania, es una de las poblaciones más conflictivas, asolada secularmente por la violencia interreligiosa. Seiscientos obstinados colonos judíos habitan el centro histórico, rodeados por ciento sesenta mil palestinos. Aseguran proteger la Tumba de los Patriarcas, donde se supone está enterrado el profeta Abraham.

Llegar hoy hasta los Territorios Palestinos por carretera no resulta fácil. El único paso abierto es a través de Jordania desde los acuerdos de paz de 1994. En la frontera, el aduanero jordano tiene a sus pies un cajón lleno de matrículas. Los árabe-israelíes las cambian para cruzar. En Israel la seguridad fronteriza está en manos de niños. Los jóvenes judíos están obligados a realizar el servicio militar, pero su aspecto fofo delata que hoy aman más la comida basura que el sionismo.

Entrar en Cisjordania desde Jerusalén no es difícil, aunque en Belén los milicianos de Al Fatáh no me quieren dejar entrar en moto. Es solo una excusa para que use uno de los taxistas árabes autorizados a acarrear peregrinos. La Iglesia de la Natividad alberga una garita para esta policía política desde que en la última Intifada usaran el templo como bunker.

Rivadeneyra cruzó la península del Sinaí, pero él, a diferencia de Moisés, lo hizo en dirección a Egipto. Posiblemente visitaría el monasterio de Santa Catarina construido en el siglo VI por orden del Emperador Justiniano a los

**“Mientras el Museo Británico deniega miles de reclamaciones de restitución al año, España ha devuelto el negro de Banyoles a Bostwana, y se resiste, sin mucho ardor, a repatriar el egipcio templo de Debod injertado en pleno centro de Madrid.”**



Arbil peshmerga

**“ Llegar hoy hasta los Territorios Palestinos por carretera no resulta fácil. El único paso abierto es a través de Jordania desde los acuerdos de paz de 1994. En la frontera, el aduanero jordano tiene a sus pies un cajón lleno de matrículas. Los árabe-israelíes las cambian para cruzar.**

pies del Monte Sinaí para albergar y proteger la zarza que ardiera sin quemarse. La tradición cuenta que Mahoma obtuvo refugio entre sus muros cuando era perseguido por sus enemigos y que por eso el monasterio sobrevivió a la invasión árabe, que sí aniquiló a los muchos anacoretas que habitaban el desierto.

En 1869 nuestro protagonista asistió a la inauguración del Canal de Suez, la obra de ingeniería más fenomenal desde las pirámides. Lo que empezó como una empresa lunática del ingeniero Lesseps, terminaría alterando para siempre las rutas comerciales entre el este y el oeste, y con ellas las relaciones geopolíticas entre las potencias de entonces. En la actualidad, un túnel permite el paso de vehículos entre África y Asia. Es el que yo utilizo para proseguir tras las esquivas huellas de nuestro inquieto protagonista. Sus siguientes pasos lo conducen a Damasco.

**“ Los Yazidíes opinan que su existencia, como la del Bien, forma parte de la completa creación divina; lo contrario sería incompatible con la idea de un dios todopoderoso. Su religión, con ingredientes zoroástricos, no les convierte en peligrosos malvados, pero el hecho cierto es que han sido sucesivamente aniquilados a lo largo de la historia.**

Camino del Eufrates, visitará Palmira, una de las más impresionantes ciudades romanas de Oriente Medio. Patrimonio de la Humanidad desde 1980, Palmira es un testimonio vivo de una época pasada. En realidad de dos. Una la de la antigüedad del Imperio Romano, pero la otra es la del siglo XX y comienzos



Museo de Berlín



Mezquita iraní

del XXI, cuando se podía viajar allí con seguridad. Hoy Palmira está en zona prohibida, sometida al feudalismo sanguinario y cerril del Estado Islámico. A diferencia de otras joyas arqueológicas, a Palmira se podía acceder libremente. No había barreras ni guardianes. Literalmente a tiro de piedra está el hotel Zenobia, el más antiguo. Su nombre fue elegido en honor a la esposa del gobernador romano Septimio Ordenato que al enviudar se erigió en soberana de un reino independiente hasta que en el 272 fue derrotada por las tropas imperiales.

De una sola planta y perfectamente integrado en el entorno, el Zenobia fue inaugurado cuando se desconocía por completo algo llamado turismo. Quienes a principios del siglo XX llegaban hasta aquí eran viajeros cosmopolitas sin urgencia alguna. Espías, diplomáticos o fugitivos. Desde su privilegiada terraza se contempla la puesta de sol entreverada de capiteles y ábsides milenarios.

En la recepción hay una foto de don Juan Carlos I y doña Sofía. También Alfonso XIII pernoctó aquí. El hotel es conocido en España. La razón es un reciente libro de éxito de Cristina Morató sobre Marga d'Andurain, bohemia dama francesa que fue su directora. Pero lo que busco no son las novelescas andanzas de esa mujer de leyenda a quien algunos consideraron espía británica, sino las huellas del arquitecto español que diseñó este sobrio edificio, junto a otros sesenta en Damasco. Fernando de Aranda, hijo del director de la orquesta del último Sultán, decidió quedarse en Siria cuando el Imperio Otomano se desintegró.

El gerente me confirmó que muchos españoles habían visitado el hotel a raíz de la publicación del libro sobre D'Andurain, pero que nadie antes que yo le había preguntado antes por Aranda, quien además fuera vicecónsul honorario de España durante la Primera Guerra Mundial con la misión de proteger a los occidentales que permanecieron en Oriente Medio. Me sorprendió ese desinterés. La historia es poco co-



nocida pero no es secreta. Recientemente, el Instituto Cervantes publicó un volumen completo sobre su figura, esencial para entender la fisonomía de la Damasco moderna.

Rivadenebra remontará el Tigris recordando a Nearco, almirante de Alejandro Magno que del mismo modo llegara hasta Basora. Una vez en Babilonia, actual Irak, llegaría a visitar Mosul y la cercana Nínive. Es aquí donde mi persecución se detuvo. Para entrar en Irak, he seguido el curso del río hasta Turquía y una vez allí, me he dirigido a Silopi, único paso fronterizo abierto con Occidente. Sin embargo, a veinte kilómetros de Mosul me obligan a desviarme. La ciudad es extremadamente peligrosa. Debo coger el desvío que los kurdos han construido directo a Erbil, capital de su región autónoma.

Allí encontré un tendero que aseguró no ser ni cristiano ni musulmán. Era Yazidí. Un kurdo me explicó: "son ateos, mala gente. Adoran al Diablo". Rivadenebra también se topó con ellos. Pero como él mismo pudo apreciar, no se trata de ningún grupo satánico, sino pastores, nómadas o pequeños comerciantes que creen en el mismo dios que las tres grandes religiones politeístas, pero también creen en Satanás como ángel perdonado y encargado por Dios de una gran tarea: crear el Mal. Los Yazidíes opinan que su existencia, como la del Bien, forma parte de la completa creación divina; lo contrario sería incompatible con la idea de un dios todopoderoso. Su religión, con ingredientes zoroástricos, no les convierte en peligrosos malvados, pero el hecho cierto es que han sido sucesivamente aniquilados a lo largo de la historia.

De Arbil me dirigí a los abruptos montes Zagros al este de Irak. Es un salvaje territorio fronterizo controlado por los pesmergas. Su sorpresa al verme aparecer en moto debió ser parecida a la que experimentaron sus antepasados al encontrarse con el infatigable Rivadenebra cuando se dirigía a Teherán para tomar posesión de su plaza como vicecónsul. Yo también quiero cruzar. Pero antes debí explicar mi presencia a unos funcionarios atónitos.



Puertas de Palmyra

**“ Ribadenebra vivió momentos únicos: visitó la sagrada mezquita de Hebrón (provocando algún disturbio al ser infiel), asistió a la inauguración del Canal de Suez, se hizo cargo interino del Consulado en Siria, fue destinado a Ceilán, de allí viajaría a su nuevo puesto en Damasco... ”**

—¿Por qué ha venido a Kurdistan?—me preguntó el comandante del puesto examinando mi pasaporte.

—¿Usted ve las noticias en televisión?—repregunté a mi vez.

—Sí, claro.

—Yo no. No me creo lo que dicen. Por eso estoy aquí.

De haber existido televisores en el siglo XIX, Rivadenebra tampoco se hubiera conformado. Nunca fue un burócrata de despacho.

Rivadenebra vivió momentos únicos: visitó la sagrada mezquita de Hebrón (provocando algún disturbio al ser infiel), asistió a la inauguración del Canal de Suez, se hizo cargo interino del Consulado en Siria, fue destinado a Ceilán, de allí viajaría a su nuevo puesto en Damasco... y por fin le llegó la posición soñada. En 1842 se firmó un tratado de amistad entre Irán y España. Y en 1874 se le nombró vicecónsul en Teherán.

Hasta Teherán llegará tras un largo viaje que va de París a Odessa en tren, en barco por el Mar Negro para llegar a Constantinopla y Trabzon y en carro por caminos infernales hasta Tiflis, Bakú y la capital de Irán. Pero eso solo será el comienzo para un largo viaje por el país, aprovechando que las instrucciones recibidas le autorizan a abandonar Teherán cuando lo considere necesario para el cumplimiento de su misión, y él hará un uso intenso de esa autorización. De ese largo peregrinar resulta un libro delicioso por su capacidad de observación titulado *Viaje al interior de Persia*.

Una vez que tomó posesión de su puesto diplomático en Irán, tomó su escueto equipaje y sus cuadernos para emprender un largo periplo por el país transitando caminos inéditos para cualquier otro occidental. De aquellas notas nació su obra más conocida, afortunadamente reeditada. *Viaje al interior de Persia*, publicada en 1880. Un libro que muestra a un hombre observador, lúcido y tremendamente culto que sigue a los caminos de clásicos como Herodoto o Jenofonte del mismo modo que yo le sigo a él.

Académico correspondiente de la Academia de Historia y miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid, Adolfo Rivadenebra murió en 1881 a la precoz edad de 40 años, víctima de un aneurisma aórtico. De haber vivido algo más, seguramente el Museo Arqueológico Nacional sería un poco más rico en piezas orientales y tal vez conociésemos mejor a uno de los españoles más extraordinarios que diera nuestro triste y garbancero siglo XIX. ■

